

Colección
Cuadernos para el debate

Edita : Dirección General MSF-E
c. Nou de la Rambla, 26
08001 - BARCELONA -
Diseño Portada : Diego Feijóo
Compaginación : Núria Picallo
Fotomecánica : Grafitex, S.A.
Imprime : Gràfiques APR

D.L.: 41373-2001
1ª edición : septiembre del 2001

***El objetivo de Cuadernos para el debate es la difusión de artículos, estudios y ensayos sobre temas relevantes en el campo de la Acción Humanitaria.
Las obras, elaboradas por miembros de MSF o personas cercanas a la organización no comparten necesariamente las opiniones ni reflejan la posición de MSF.***

Crónicas palestinas

Testimonios recogidos por los equipos de MSF presentes en
los territorios palestinos.
Agosto 2001.

Crónicas palestinas: humillación y violencia cotidiana*

Tomar la palabra cuando uno es trabajador humanitario siempre conlleva sus riesgos: riesgos de expulsión del país de actuación, riesgos de represalias, etcétera..., pero tomar la palabra cuando se trata del conflicto árabe-israelí implica también el riesgo de que la sociedad tache a una ONG de partidista. Si la imparcialidad debe ser una regla de oro para organizaciones humanitarias como Médicos Sin Fronteras (MSF), mantenerse en silencio, por miedo a violar la neutralidad, no es más que una forma de complicidad. No obstante, la intención de este artículo es humilde, ya que desde MSF lo que pretendemos es dar a conocer algunas de las dramáticas historias de vida de las poblaciones con las que trabajamos. A través de nuestra atención médica y psicológica en Hebrón y la franja de Gaza, MSF ha tenido acceso a algunas de las víctimas de este conflicto tan radicalizado; han sido las poblaciones quienes nos han documentado cómo el inicio de la segunda Intifada de Al-Aqsa ha alterado por completo sus actividades cotidianas.

Los equipos de MSF en el terreno se sorprenden de cómo las fuerzas de defensa israelíes han desarrollado una estrategia militar desproporcionada en respuesta a los lanzamientos de piedras palestinos. La campaña de intimidación que ha llevado a cabo el Ejército israelí, -aplicando un régimen militar en poblaciones civiles, como si éstas fueran objetivos militares sin posibilidad alguna de protección-, así como la utilización de tanques y *bulldozers* para arrasar casas y cultivos, han puesto a la población civil para la que MSF trabaja bajo una presión intolerable. Cuando nuestro equipo visitaba hace unos días el barrio de Abu Sneina (Hebrón) -violentamente bombardeado y ametrallado- se encontró con una de las muchas familias que habían sido sorprendidas en plena noche por los impactos de las balas y misiles; estos ataques destruyeron los cristales, las paredes, los muebles, la ropa de los armarios...; la dueña de la casa relató a MSF la noche infernal, donde tendidos en el suelo de la habitación, aterrorizados, esperaban la muerte. Estos testimonios son la dura realidad del conflicto actual. El abismo entre ambas comunidades es cada vez mayor. El incremento de la violencia, el estancamiento político y la lógica de separar las poblaciones israelíes de las palestinas, además de crear violencia y odio, está generando una fractura casi crónica. El miedo, la humillación y la amargura diaria son algunos efectos que el conflicto está teniendo en las poblaciones y se necesitarán esfuerzos gigantescos para construir puentes de entendimiento entre ambas sociedades civiles.

Las consecuencias, ya conocidas, que este contexto en crisis está teniendo sobre las poblaciones, no son sólo de carácter económico, sino también sanitario. Las estrictas medidas de control de movimiento -ejercidas por los militares sobre la población- han hecho que los palestinos no tengan acceso a las estructuras de salud. La misma noche que el barrio de Abu Sneina fue bombardeado, un niño de 12 años fue herido en la cabeza. Perdió mucha sangre. El propio niño se extrajo él mismo el trozo de metralla de su herida. No fue posible llamar a una ambulancia en ese momento. En Tufah (Gaza), Farid, un chico de 16 años, narró a MSF cómo fue alcanzado por una bala en la rodilla. Venía de la zona de Al Mawassi, donde recogía tomates cuando fue alcanzado. En el

hospital, una hora después de haber recuperado el conocimiento, se enteró de que había recibido dos balazos y le entró mucho miedo. Le duele mucho la rodilla y no puede ni dormir ni andar.

Los efectos de la violencia y del uso de las armas sobre la salud física de la población son preocupantes, pero las consecuencias sobre la salud mental de los civiles son igualmente alarmantes. Sabemos que la violencia provoca problemas relacionados con el estrés; la población infantil se ve afectada por síntomas patológicos que van desde las pesadillas a los desórdenes postraumáticos, así como también síndromes depresivos. Una madre del barrio de Jabal Jawhar acompañaba a la consulta médica a su hija de nueve años. La madre estaba sin aliento, se sentía oprimida y le costaba respirar. Hacía algunas semanas, una bomba lacrimógena cayó en el patio de su casa. Rápidamente salió a buscar a sus hijos, pero cayó desmayada y tuvo que ser hospitalizada. Su hija dibujó a los equipos de MSF el incidente y explicaba su miedo cuando encontró a su madre desmayada. La pequeña tiene miedo de los gases lacrimógenos, de los niños que tiran piedras, de los soldados que disparan balas...; lo que más teme es recibir un balazo, una pedrada, tener daño, morir. Tiene problemas para dormir, no se atreve a levantarse por la noche para ir al lavabo, y tiene miedo en el camino a la escuela. Su escuela ha sido recientemente cerrada y ocupada por los soldados. La niña dibujó una casa que es alcanzada por proyectiles, un mártir y el soldado asesino junto a una paloma y un sol que lloran; la pequeña escribe en árabe que Palestina ha perdido sus derechos para la eternidad.

En otra casa situada en medio de olivares y huertos, próxima a un campo militar y a una base de policía israelí, vive Wadia, de 12 años, que no quiere ir a la escuela. Hace unos días, tres soldados le pararon, le cogieron un lápiz de su cartera y apuntándole al ojo hicieron como si fueran a sacárselo. Tuvo mucho miedo y escapó. Desde entonces sueña que los soldados le persiguen y que no puede escapar. Su madre se lamenta porque el pequeño ya no es como antes; es agresivo y desobediente. Cuando sea mayor quiere ser piloto de avión de guerra para combatir a todos los soldados.

A pesar de las dificultades de acceso a las poblaciones y de la inseguridad de movimiento en el terreno -la bandera humanitaria de MSF no siempre nos protege-, nuestros equipos de médicos y de psicólogos han recogido muchos testimonios de nuestros pacientes, historias horribles, sus historias. Frente a estas historias de vida guardar el silencio nos transformaba en cómplices. Como trabajador humanitario he tratado de explicar también lo que ocurre del lado de la población palestina.

Eric Stobbaerts

() Artículo publicado en el periódico «El País» el 22 de agosto del 2001.*

Ocupación, Violencia y Humillación Cotidiana

Médicos Sin Fronteras (MSF) abrió el pasado mes de noviembre dos proyectos de asistencia médica y psicológica en los territorios palestinos de Cisjordania y la franja de Gaza. Las actividades de la organización van dirigidas fundamentalmente a los habitantes de las zonas más expuestas a la violencia .

MSF considera que la lógica de separar a las poblaciones israelíes de las palestinas y el pretexto para la aplicación de un régimen militar en poblaciones civiles y éste está teniendo unas consecuencias dramáticas.

Los profesionales de MSF en el terreno constatan en sus consultas diarias el deterioro de la salud de sus pacientes debido a la falta de un seguimiento médico regular y los psicólogos, por otro lado, comprueban el impacto del aislamiento, las humillaciones y la violencia cotidiana tiene sobre las vidas de niños y adultos; todos ellos que presentan síndromes depresivos y de "shock" post-traumático.

Las visitas a domicilio realizadas por los equipos de MSF son, a menudo, la única forma de romper con el aislamiento en el que viven algunas familias. Sin embargo, las dificultades de acceso con que se encuentran las organizaciones humanitarias (disparos intimidatorios o de rendición) contribuyen al deterioro de las condiciones humanitarias.

Las negociaciones realizadas por MSF con las autoridades israelíes no garantizan un acceso total a zonas particularmente expuestas a la violencia; en estas zonas la población civil no cuenta con posibilidad alguna de protección.

Se hace necesario señalar la desproporción de los medios militares empleados en las operaciones de represalia del ejército israelí - disparos con balas reales - contra civiles palestinos, la mayoría de los cuales son menores de edad.

La existencia de un toque de queda casi permanente en Hebrón, el bloqueo de la Franja de Gaza y los cierres imprevisibles de las carreteras alteran por completo las actividades cotidianas: la escolarización de los niños es aleatoria y los palestinos habitualmente empleados en Israel se ven privados de sus trabajos, y por consiguiente de sus ingresos, a lo que hay que añadir el déficit periódico en el abastecimiento de algunos productos de consumo corriente. Además, el personal sanitario palestino no tiene acceso a algunas zonas y para los enfermos resulta difícil desplazarse a las estructuras de salud.

Las incesantes destrucciones de casas y otros locales (fábricas, almacenes, etc...) cercanos a las zonas donde residen los colonos israelíes, a menudo efectuadas de noche bajo protección de carros blindados, sólo contribuyen a acabar con las fuentes de ingresos de las familias. Algunas casas palestinas están ocupadas por militares israelíes, incluidas las que se encuentran en aquellas zonas en teoría bajo control de la Autoridad Palestina. Estas ocupaciones, justificadas por razones estratégicas, son una traba a la libertad de movimientos de los residentes. Las detenciones, las intimidaciones y las humillaciones

que tienen lugar a diario acrecientan la sensación de injusticia y de abandono de una población que, como consecuencia, sufre importantes trastornos psicológicos, sobre todo los niños.

Este informe- "Crónicas Palestinas"- recoge los testimonios de las familias monitorizadas por MSF. El deterioro de las condiciones de vida de los palestinos ligado intrínsecamente a la duración y radicalización del conflicto no hace más que contribuir al sentimiento de inseguridad de estas familias y a su falta de esperanza respecto al futuro.

Diario de Gaza

Día 3 de enero

El equipo de MSF visita el norte de la franja de Gaza, cerca de la colonia de Dugit. Debido al asesinato de un hombre el día anterior, los controles militares palestinos en la zona dudan si dejar pasar a nuestro equipo, que se ve obligado a dejar el coche y continuar a pie. El camino les lleva hasta una casa situada a solo veinte metros de la alambrada que rodea la colonia y a unos cincuenta del puesto militar reforzado que protege las construcciones israelíes. Rápidamente, los soldados, que conocen a cada una de las personas del lugar, se percatan de la presencia de extraños y nuestro equipo es observado desde el puesto militar. Los habitantes de la casa les habían advertido del peligro; ellos saben muy bien que no corren ningún riesgo mientras no se acerquen a la colonia y mientras no protesten cuando los buldózer lleguen, de nuevo, para arrasar su tierra que una nueva alambrada reducirá a apenas nada.

En esos momentos, los vecinos indican al equipo de MSF el lugar desde el que pueden ver al buldózer, al que ya se puede oír. Los campesinos, llenos de cólera les explican que los soldados están arrasando los invernaderos; es la pérdida de años de trabajo. Los soldados han echado a los agricultores con amenazas y han tenido que abandonar su trabajo en los invernaderos. Con los ojos llenos de lágrimas, una mujer les explica que todo va a desaparecer, que los israelíes sólo les han autorizado a recoger las legumbres y verduras que había por el suelo; sin avisar, los soldados han destruido los pozos y bombas, además de los cultivos. El equipo continua su camino, hasta encontrar a una mujer con un niño en brazos que les explica que el buldózer está pasando cerca de su casa. Tiene los ojos llenos de lágrimas, ha crecido aquí, ha trabajado aquí y conoce a cada uno de los árboles del lugar que ella misma ha cuidado "como a su propio hijo".

El equipo de MSF continua su camino hasta situarse a unos cien metros del buldózer, enorme y completamente blindado. Avanza y hace marcha atrás arrancando los árboles que encuentra a su paso. El buldózer ve al equipo de MSF, para algunos minutos y luego sigue con su trabajo de devastación. "No hay ningún soldado, tomo una foto pero tengo miedo". Al mismo tiempo, un avión atraviesa la barrera del sonido y causa el pánico. Algo más lejos, se puede ver a las Fuerzas de Defensa Israelíes (IDF) construir

una carretera en los confines de la colonia, que no deja de crecer, y con ello las alambradas electrificadas.

Todos los que trabajan esta tierra desde hace decenas de años ven su trabajo destruido. Asisten impotentes a la destrucción de su sustento. Un padre nos explica que esta noche, cuando regrese a casa, explicará a sus hijos que ya no queda nada. Y ellos llorarán. Va a buscarnos unas fresas y nos dice que aprovechemos hoy, porque mañana tal vez ya no quedará ninguna.

Día 6 de enero

Tras la negativa de los soldados israelíes a dejar pasar el cruce de Netzarim al equipo de MSF, éste regresa al norte de la franja de Gaza. El bulldózer ha acabado con las casas, las familias les explican que se sienten muy conscientes de lo que les ha pasado y comprenden que la pérdida de una tierra y de una casa puede tener un impacto en su salud mental. Es como haber perdido parte de uno mismo.

El propietario de una de las casas, un hombre de 75 años acaba de salir del hospital en estado de shock. El equipo le acompaña hasta una duna donde, hace algunos días, se encontraba su casa. Hay muchas personas cavando en la arena en busca de libros de contabilidad y sobre todo 5.000 dinares jordanos (50.000 FF) que el padre había escondido. Uno de sus hijos está muy preocupado por su padre, que ha trabajado aquí desde hace cuarenta años y que ahora se encuentra sin nada más que lo que lleva puesto. Va a ser difícil para un hombre de esta edad depender de repente de sus hijos cuando ha trabajado durante toda su vida para poder cubrir sus necesidades.

Ir y venir al lugar donde se encontraba su casa es todo lo que les queda. Es realmente todo un duelo. Cada uno de ellos intenta aceptar esta "nueva situación". Cada objeto que encuentran les despierta recuerdos de algún momento de sus vidas.

"Estoy muy preocupado por las personas que viven cerca de la colonia de Netzarim. Desde hace cuatro días no salen de su casa. No sé en que estado vamos a encontrarlas; su vida es ahora un infierno. Los carros blindados no dejan que nadie circule. Esta población es inaccesible para los equipos de MSF y sus condiciones de vida son realmente precarias. No supondría ningún problema de seguridad si dejasen pasar a un equipo médico. No hay ningún puesto militar, sólo los carros blindados al acecho y resulta imposible discutir. A los equipos médicos les preocupa sobre todo un paciente cuya casa se encuentra en el mismo cruce, pero éstos no pueden al hogar de la mujer. Allí parece no haber vida. Ni siquiera saben si la familia aún está o si se han ido abandonando a este joven que sufre graves problemas de comportamiento y que debe sin duda encontrarse en un estado lastimoso.

Día 12 de enero

En la zona próxima a la carretera que lleva a Gush Katif, un joven quiere ver al psicólogo de MSF. Dice que tiene un problema desde que lo detuvieron los soldados israelíes. Está muy nervioso, habla rápido y no

deja de moverse. Cuando el psicólogo le pregunta acerca de su pasado, el joven le cuenta como cuando, durante la primera Intifada, una bomba de ruido le explotó en la mano con solo doce años. En aquel entonces, pasó mucho miedo y pensó que iba a morir, pero, según él, no le quedaron secuelas y continuó viviendo normalmente. Enseguida hablan del incidente reciente, el que más preocupaba al joven. Su familia posee una pequeña casa en el campo, cerca de la carretera de circunvalación a la que le gustaba por las mañanas pasar un rato con su hermano. Una mañana, encontró la casa cerrada; llamó a su hermano pero no obtuvo respuesta. Decidió entonces escalar el muro cuando un hombre más fuerte lo tiró al suelo y le puso las manos a la espalda. Junto con un adolescente, fue conducido al puesto israelí en que le asestaron algunos golpes. Tras la interrogación y la verificación de archivos, los soldados le llevaron a su casa y le liberaron, junto con el adolescente. Desde ese día, ya no es el mismo. Sus amigos dicen que habla demasiado rápido. Tras esto, el joven propone al equipo de MSF llevarlos a distintos lugares donde sin ellos, no podría volver. De hecho, no se les permite acercarse a la casa, alrededor de la cual todo ha sido destruido. A pesar de los disparos y el punto de observación que se puede ver desde allí, el joven parece estar más tranquilo tras la visita. El psicólogo de MSF le intenta explicar lo que le ocurre, los síntomas que se desarrollan tras un trauma. Parece entender la utilidad de la palabra, y de que hablar permite liberarse de un shock psicológico. Al parecer, este chico de veinte años tiene un cúmulo de traumas, aunque al principio no se hubiera dado cuenta del cambio que se estaba operando en su interior.

Día 19 de enero

Cerca de la carretera de circunvalación (by-pass) que une Netwarim con Karni el buldózer ha hecho su trabajo de demolición, y ya no queda nada entre la carretera y las casas. Al otro lado del "by-pass" se encuentra una casa ocupada por los soldados israelíes; cuando cualquier miembro de la familia que vive allí quiere salir, tiene que pedir permiso. El aislamiento de estas personas es extremo.

Una joven cuenta al equipo de MSF que perdió la voz durante dos días, tras el ataque a su casa de un carro blindado. Un corte de luz dejó esa noche su casa a oscuras y cuando toda la familia dormía, el carro disparó contra la casa. La joven, aterrorizada, se dirigió a la habitación de su padre para ayudarlo a salir. Toda la familia bajó a la entrada a esperar la salida del sol. En este momento se dio cuenta que no podía hablar. Le cuenta al psicólogo que tuvo la sensación de que sus cuerdas vocales jamás volverían a funcionar. Cuando su padre, tras visitar la habitación llena de impactos, le dijo que ella le había salvado la vida, le volvió la voz poco a poco, primero unos sonidos, después unas palabras. A la pregunta de que fue lo primero que dijo, ella responde: Ahmdo lelah (¡Gracias a Dios!).

Una de las familias de la zona se muestra preocupada ante la actitud de uno de sus hijos. Se trata de un niño que construye carros de combate de arena, imitándolos a la perfección, con toda una técnica de construcción que permite poder girar la parte superior. Hay una voluntad real de imitación y una maestría en la construcción. Los niños se sienten orgullosos de mostrar sus carros. Una de los médicos de MSF, explica a los padres que no ven esto con buenos ojos que a través de los juegos los niños pueden apropiarse de una situación que les supera.

Esta familia está muy afectada por los incidentes. Además, su situación de aislamiento hace aumentar su ansiedad y su sensación de inseguridad. Los soldados ya han entrado en la casa. Todos temen la ocupación y la destrucción de las casas. Resulta extraño ver en una sola familia tantas personas traumatizadas.

Día 8 de febrero

Nuestro equipo conoció a Ibrahim en el hospital de Khan Yunis. Había sido golpeado por los soldados israelíes, por lo que sufría contusiones múltiples y tenía que guardar cama. Ibrahim sólo tiene un ojo, el otro lo perdió durante la primera Intifada, cuando le capturaron a la altura del control de Tufah, y le transportaron a la colonia, donde seis soldados le golpearon. Después fue puesto en libertad y trasladado al hospital. En esos momentos, Ibrahim contaba a MSF que no tenía miedo y que en cuanto se encontrara mejor regresaría al control. Hoy su discurso es totalmente distinto, debido al estrés post-traumático. No hace nada, se queda en la cama, fuma y cultiva ideas de venganza ya que dice que jamás olvidará a quienes le golpearon. Sufre aún las secuelas de los golpes recibidos, pero presenta además síntomas ligados al trauma psíquico. Se siente débil, con constantes dolores de cabeza.

Ibrahim no pudo ser policía por culpa de su ojo, lo que le obligó a trabajar en las colonias y, por lo tanto, para los israelíes. Cree que por esta razón sus amigos le consideran como a un traidor y su sentimiento de injusticia se nutre con una historia de amor que terminó mal.

Ibrahim no soporta ya oír hablar en la televisión de heridos o de personas golpeadas. La imágenes se le repiten. Padece ansiedad y se irrita con facilidad. Por la noche, discute con su grupo de amigos, del que se siente excluido. La opinión de los otros no deja de hacerle sufrir, sin embargo, reconoce que perdió un ojo por fidelidad a "la causa". Al final de la entrevista, parece más relajado y pregunta al equipo de MSF si regresará. Esto tranquiliza a nuestro psicólogo. Hace algunos días regresó al control con algunos periodistas. Se puso nervioso y quiso pelearse con los soldados. Desde entonces no ha vuelto allí, pero temen que vuelva a hacerlo. No espera nada del futuro y a través de sus amigos sólo consigue ver reflejados sus complejos.

El mismo día

Tras la visita a Ibrahim, el equipo de MSF se encuentra con Mahmoud, un niño de once años que vive en Tufah. Fue alcanzado por una bala de goma en la cabeza y desde entonces se muestra agresivo. De hecho, le falta un trozo de cráneo y puede verse perfectamente como bate su pulso.

Mahmoud dice que piensa a menudo en lo que le pasó. Sueña que es atropellado por un jeep israelí. Un soldado baja del coche y le dispara. Uno de sus amigos también recibe un disparo. Interviene entonces un tercer niño, Ahmed, que salva a sus dos amigos, pero que al hacerlo es alcanzado por dos balas, una en el brazo y la otra en la pierna. Les llevan al hospital donde Ahmed es ingresado y Mahmoud es dado de alta. Mahmoud mezcla el sueño con la realidad. Es cierto que le llevaron al hospital de Shifa y Ahmed se ha convertido en el héroe que aparece en sus sueños. Gravemente herido, continúa en el hospital del que seguramente saldrá discapacitado. Mahmoud continúa explicando como los "chebabs" empezaron a lanzar cócteles Molotov cuando los colonos israelíes se les acercaban. Lo cuenta todo en un tono monocorde, sin prácticamente pausas.

Ahora vive en un mundo lleno de recuerdos violentos. Las imágenes, los sueños, le recuerdan sin cesar lo que ha vivido.

Las conductas agresivas son la tónica general en los niños y jóvenes. Un adolescente que fue alcanzado por dos balas, una de las cuales quedó incrustada a la altura de la cadera, había cogido a un niño y después de encerrarle en una habitación le golpeado. Dice no saber porque lo hizo a nuestro equipo, que el niño no había hecho nada. No puede controlarse. El dolor en la pierna es constante. Su madre se muestra muy preocupada ante la actitud del chico. Delante de él dice al equipo que le costará mucho casarle, que antes estaba bien pero que ahora está débil y delgado. El psicólogo de MSF cuenta con poder verle en otras ocasiones y trabajar con él acerca de los momentos en los que pierde el control y se deja desbordar por la violencia.

Estos relatos son la muestra más clara de la violencia que reina en Tufah. Los disparos no cesan desde hace más de cuatro meses. En cada familia hay algún herido o alguna persona traumatizada.

Día 3 de marzo

De nuevo en Tufah, el equipo de MSF se encuentra con tres personas heridas de bala, y otra alcanzada por una bala de goma.

La madre de Hania interpela al psicólogo en la calle y le pide que vaya a ver a su hija de catorce años que, desde los incidentes, "no es la misma". Hania está en la cama, pero sonríe mientras se retuerce las manos de ansiedad. La niña no sabe leer ni escribir, pero parece comprender lo que le explican. Hania explica como la bala que todavía tiene incrustada en su espalda le molesta mucho. Ningún médico ha podido extraérsela. Se encontraba en frente de su casa cuando notó un fuerte dolor que le desgarraba el cuerpo. Su hermana le preguntó que le pasaba y entonces vio como sangraba. Corrieron hacia una ambulancia que no se encontraba demasiado lejos. Hania fue ingresada en el hospital de Khan Yunis, después en el de Gaza, y posteriormente en hospitales de Amman y de Arabia Saudita. Todos los médicos se negaron a operarla argumentando que no sobreviviría a la intervención. Finalmente, un médico le explicó que la bala actuaba como una venda y que no debía moverse. Hania, que desea convertirse en ama de casa no puede realizar las tareas del hogar.

Siempre está muy angustiada. No soporta el ruido de los disparos, aunque dice que antes no les tenía ningún miedo. Este sentimiento le molesta y siente vergüenza. Las imágenes del incidente le vuelven a la mente y le impiden relajarse. Sus amigas vienen a verla todos los días para darle apoyo, pero ya nada es como antes. Hania vive permanentemente con la idea de una muerte próxima.

Siempre en Tufah

Farid, un chico de 16 años cuenta como fue alcanzado por una bala en la rodilla y otra que aún tiene incrustada en la pelvis. Venía de Al Mawassi donde se dedicaba a recoger tomates para los colonos cuando fue alcanzado. En el hospital, una hora después de haber recuperado el conocimiento, se enteró que había recibido dos balazos y le entró mucho miedo. Le duele mucho la rodilla y no puede ni dormir ni andar. Como Hania, siente que su cuerpo ya no es tan fuerte como antes. No quiere

regresar a Al Mawassi. Piensa que los militares israelíes tienen su foto y que le buscarán para matarle. Incluso sueña que le capturan y les disparan una bala en la garganta. Esta idea le angustia mucho. El psicólogo intenta hacerle notar que no puede acordarse de nada porque perdió el conocimiento. Y él lo sabe, pero cuando supo que le habían disparado, lo primero que pensó fue que los soldados había querido matarle. Como Hania, ha visto sus actividades reducidas casi a cero y ya no reconoce su cuerpo. No soporta la frustración y rompe todos los objetos que se le resisten.

El tercer adolescente que el equipo de MSF visita en Tufah es una chica llamada Nidal que recibió una bala de goma en el cráneo. En el hospital, el médico le extirpó la bala y le puso unas grapas. Sus amigas le dicen que no es tan inteligente como antes. De hecho le cuesta mucho concentrarse y no saca buenos resultados en la escuela. Tiene la sensación que le ha quedado un trozo de metal en la cabeza y no quiere que le saquen las grapas. Dice que su cráneo se abriría si lo hiciesen. Nidal está psicológicamente menos afectada que sus amigos, aunque sus ideas fijas no la dejan sentirse tranquila. El psicólogo le propone que vaya al médico y acepte que le quiten las grapas.

Las historias de Mahmoud, Hania y Nidal tienen en común el hecho que el cuerpo ha sido violentamente penetrado. Esta penetración ha dejado verdaderas secuelas psicológicas que han cambiado la relación de la persona con su cuerpo. Su cuerpo es ahora frágil y lleva consigo la muerte que estos adolescentes han visto tan de cerca.

Día 23 de marzo

Ahmed es un niño de 11 años que forma parte de una familia cuya casa ha sido ocupada por los soldados israelíes. Tras pasar por una situación de miedo intenso le aparecieron unas manchas en la piel que tienen muy preocupadas su madre y su abuela. Hélène, nuestra médico, constata en efecto una despigmentación de las dos tibias, los pies y una mancha redonda en las nalgas.

Ahmed cuenta a nuestro equipo como ocurrió. Sin saber que los militares israelíes habían ocupado el tejado de la casa de su abuela, decidió ir a visitar a su familia para anunciarles que su madre había regresado del extranjero donde su hermana había sido operada. Ahmed cogió el camino habitual, pasó por delante del puesto palestino y después se acercó al "by-pass" que debía atravesar para acceder a la casa. Al cruzar, se encontró de repente bajo el fuego de los soldados israelíes. Ahmed explica con todo detalle que se encontraba al lado de un poste eléctrico, pero que no vio a los soldados que se escondían en el tejado. El psicólogo le pide que le explique exactamente lo que oyó. Incluso le imita el ruido de los tiros que él repite: en formas de ráfaga. Primero recuerda el silbido de una bala rozándole la oreja y pensó que le habían alcanzado. Era como si le tiraran de los pelos. Sus piernas le dolían y temblaba. Su cabeza estaba caliente. Tras tambalearse, se cayó desmayado. La última cosa que vio fue un color naranja que parecía invadir todo su campo visual.

Durante el breve espacio de tiempo que pasó entre el momento en que se iniciaron los disparos y su desmayo, Ahmed habla de un dolor violento de espalda, "como si me hubieran estado dando golpes de piedra".

Los soldados disparaban por encima de su cabeza para que tuviera miedo. Ahmed no sabe si querían matarle. Al despertarse, le dolía la cabeza y las piernas. Su abuela le hizo un masaje. Al día siguiente se dieron cuenta que habían aparecido manchas en sus piernas.

Ahmed a menudo sueña con lo que le ocurrió. Se vuelve a ver acercándose a la casa de su abuela y rodeado de disparos. Y esto le impide dormir.

Día 8 de abril

A lo lejos, se divisa la mezquita de Al Mouragha. Al avanzar por la carretera, el equipo puede ver la casa de Ouad. La consulta tiene lugar en el jardín de sus vecinos, entre los naranjales, al abrigo de las miradas. Un carro blindado ha avanzado para dejar claro al equipo de MSF que no les está permitido acceder a la casa, situada al lado del "bypass" que lleva a Netzarim. Sólo Ouad y sus dos esposas están autorizados a cruzar a través de un pequeño camino entre los campos de naranjos asolados. Las destrucciones han sido tan violentas que cuesta imaginar que aquí haya habido alguna vez 20 hectáreas de naranjos. Ya nadie viene a coger naranjas que se pudren sin prisas. Estas tierras se encuentran un poco más lejos en dirección a la colonia de Netzarim. Ya no hay acceso. De todas formas, nadie tiene interés en ir hasta allí; los 3.400 pies de viñedos que hacían de estas tierras la propiedad más importante de la región han sido arrasados

Tras quince años de cárcel en Israel, la privación de libertad que de nuevo padece Ouad no tiene el mismo sabor. Se pasa los días dando vueltas alrededor de la casa "como un animal enjaulado". No le queda nada y vive sólo de la ayuda que recibe de sus hermanos. Reconoce estar en una cárcel, pero lo que más le duele es que antes podía ayudar a los miembros de su familia, mientras que ahora está obligado a depender de ellos para sobrevivir.

El mismo día

En la carretera que va hacia la colonia de Netzarim vive la familia de Mohand. Una madre y sus cuatro hijos viven allí en cuatro casas que construyeron ellos mismos para vivir con sus respectivas familias. Las casas están aún en pie, pero el inmueble vecino, como muchos otros del barrio, ha sido destruido.

Desde el mes de diciembre, doce soldados israelíes ocupan el tejado de la casa más alta como puesto estratégico desde el que pueden tener un perfecto control de la carretera. Durante los primeros días, los soldados incluso dormían en el mismo apartamento que la familia. Desde entonces, la vida es muchísimo más difícil. Hace mucho tiempo que ya no tienen agua. Los pozos han sido destruidos. El agua de lluvia es la única agua que utilizan, pero las reservas disminuyen y la calidad es cada vez más pobre. Las idas y venidas de los carros de combate por esta carretera levantan una polvareda que se incrusta en todas partes. La familia no ha encontrado otra solución más que encerrarse en la casa para protegerse y evitar problemas respiratorios. Las vibraciones y los ruidos producidos por estos vehículos pesados provocan inquietud en los niños. Los desplazamientos entre las casas se hacen con paso tranquilo para no

despertar sospechas en los soldados, que son los que autorizan a los miembros de la familia a trabajar y a salir de su casa. Pero deben avisar siempre que salen y deben regresar antes de media tarde.

Esta situación resulta dramática para todos los miembros de la familia, pero sobre todo para los niños y los ancianos. Los soldados israelíes les mantienen prisioneros en su propia casa y les utilizan como escudo humano contra eventuales ataques.

El mayor de los cuatro hermanos tiene la sensación de ser un escudo humano que protege a los soldados de arriba. Su esposa lucha para que la familia tenga un mínimo de intimidad: la puerta que da a la escalera permanece casi siempre cerrada y los soldados están acantonados en el piso superior. La situación es difícil, los adultos se sienten débiles y su pregunta constante es "¿hasta cuándo va a durar esto?".

Día 10 de abril

El equipo de MSF pretende acceder de nuevo al grupo de casas que alojan a esta numerosa familia en la carretera que lleva a la colonia de Netzarim. Como en la visita anterior, el acceso a esta casa es una lucha perpetua con el ejército israelí que, oficialmente, no les niega nunca el acceso por escrito. Aunque organizada desde hacía una semana, la tentativa de visita resulta imposible. Los dos jeeps parados en medio de la carretera impiden el paso del equipo mientras que los soldados israelíes les instan a marcharse. Las negociaciones telefónicas son cortadas por los mismos soldados, que ahora ya amenazan con disparar.

Día 11 de abril

Un médico del equipo, informa al resto de los expatriados de las destrucciones en Tufah y el equipo se traslada rápidamente a Khan Yunis. El paisaje es desolador, hay mucha gente, y el barrio está totalmente irreconocible. Los escombros invaden los arcones a lo largo de cincuenta metros. Placas de cemento salen de entre las puertas, muebles rotos y neveras que antes estaban dentro de las casas se encuentran ahora entre los escombros. Parece como si el lugar hubiese sido asolado por un enorme seísmo. Los agujeros en la fachada de las casas que aún se tienen en pie son testimonio de la violencia de los disparos.

El psicólogo de MSF, inquieto, busca junto con el intérprete la casa de Abu, de quien se está haciendo un seguimiento desde hace meses. Finalmente, llegan a la casa. Ha sido destruida en gran parte y toda la familia está allí, en estado de shock. La abuela acoge al equipo de MSF con los ojos húmedos, apoyada en el único mueble que queda intacto; parece no dar crédito a sus ojos. La hermana de Abu les reconoce, se acerca a ellos y sonríe, como si nada hubiese pasado. Tal vez, después de todo, está contenta de salir finalmente de una casa que se había convertido en un infierno desde el principio de la Intifada. Por suerte, no habían abandonado la casa cuando empezaron los disparos. El psicólogo no sabía que decir a esta familia que acababa de perderlo todo.

El equipo decide visitar a Ahmed, que vive en una de las casas que se encuentra más cerca de la colonia. Ya no existe ningún camino que conduzca a ella. Finalmente encuentran a Ahmed, sentado en el suelo bajo una especie de refugio hecho con trozos de tela y cuatro palos de madera. Su casa se encontraba justo al lado. "Por suerte" sólo la mitad ha

quedado destruida. Con la misma sonrisa que de costumbre, Ahmed acoge al equipo. Ahmed explica como tuvo que huir la noche anterior después de haber estado resistiendo desde el principio de la Intifada. Dos carros de combate y un helicóptero disparaban con una violencia desconocida hasta entonces por los habitantes de la zona. Tras ellos, los bulldózer empezaron su trabajo; les llevó toda la noche.

Ahmed, que con una casa acribillada a balazos y un hijo encarcelado en Israel hacía discursos pacifistas, confiesa no creer ya en la paz. Por primera vez él y su esposa se muestran abatidos. No se les ha dado ninguna explicación, la Cruz Roja no ha podido hacer nada, pero a pesar de todo, Ahmed aguanta y ya ha plantado una tienda allí donde hace 50 años era un refugiado que quería empezar una vida más tranquila. En aquel entonces, la colonia de Neve Dekalim aún no había llegado al pie de su casa.

Cerca de casa de Ahmed, un hombre está montando una tienda sobre un montón de escombros. El equipo se acerca a hablar con él, que deja ir su cólera contra Occidente "que deja que los israelíes hagan lo que quieran, mientras nadie interviene a nuestro favor". Como muchos otros palestinos, el sentimiento de abandono es muy fuerte. Tras calmarse, explica como los bulldózer se acercaron a su casa mientras los carros de combate disparaban sin cesar. Desde la habitación donde se encontraba escondido con sus hijos, ha visto a los bulldózer atacar las habitaciones de delante.

A pesar de que Tufah ha quedado medio arrasada y de que todo el mundo está expuesto ahora a los disparos, sobre todo, aquellos que se encuentran frente a la colonia, este hombre no tiene otro lugar al que ir. Vivir en Tufah en una casa es ya bastante difícil y peligroso, pero vivir en una tienda es suicida. Mientras están hablando, se oye un disparo. La gente empieza a correr. Él nos se mueve. Ha visto y oído demasiado.

La familia de Um Yousouf, madre de un bebé y de una niña que no puede andar, se ha quedado en casa toda la noche, aterrorizada por los tiros. Por la noche, Um Yousouf se va a ir de casa con la esperanza de que los bulldózer no la destruyan. Aunque no se lo cree, vive resignada y piensa que los militares israelíes no van a detenerse. Todos los habitantes de la zona están seguros de una cosa: el ejército volverá.

El psicólogo de MSF, que conoce bien Tufah, puede afirmar que todas las casas estaban habitadas por familias numerosas. Si Gaza es conocida por la densidad de población más importante del mundo, Tufah es, sin lugar, a dudas la zona con mayor densidad de la Franja de Gaza.

Día 16 de abril

Los bulldózer han llegado a casa de Tarek. Desde hace seis meses, vive con su esposa y sus siete hijos en el hangar que se encuentra a la entrada de su casa, situada frente al punto de observación del ejército israelí a lo largo de la frontera con Egipto. Acribillada a balazos, se ha convertido en un lugar tan peligroso que MSF ya no puede entrar en él.

Tarek está hundido, explica que ya no vive, que ya no soporta los disparos constantes que llenan sus días y sus noches. "¿Cómo dormir en estas condiciones y cómo dormir cuando, en todo momento, tus hijos pueden recibir un balazo?". Se encuentra aún en estado de shock. No hay una sola casa que haya quedado en pie al lado de la suya. Necesita hablar, expresar todo lo que le tortura. Sus manos tiemblan mientras cuenta como los bulldózer llegaron en plena noche. Sólo ha tenido unos pocos minutos para huir, llevándose con él a su esposa e hijos.

Tarek quisiera poder dormir ni que fuera una sola noche. Se lamenta de los cambios que está experimentando. Antes, era una persona tranquila, que tenía buenas relaciones con sus vecinos. Ahora se irrita con facilidad, apenas soporta el ruido de los niños, se siente lejos de sus vecinos que, piensa, no comprenden su situación. Y critica a la Autoridad Palestina que ni se ha preocupado de venir a darle ánimos o a ayudarlo. De nuevo, se constata el sentimiento de abandono y peligro constante que invade a la población palestina.

Tarek ha intentado irse algún día con algunos amigos a pasar el rato fuera de su barrio, pero como a la mayoría, el ruido de los disparos le hace regresar. La inquietud por sus seres queridos y por su casa es más fuerte que el miedo a morir.

De repente, un grupo de jóvenes con aire resuelto, se acerca. Vienen a enfrentarse con el ejército. Tarek se levanta, seguido de su vecino que se arma con un bastón. Sabe que el ejército israelí no dudará en destruir su casa al menor incidente. Tarek y su vecino están decididos a que los jóvenes no se salgan con la suya, respetan su lucha pero no quieren asumir las consecuencias y deben proteger a sus familias. La tensión aumenta, pero finalmente los jóvenes deciden echarse atrás; se acercan a los miembros de MSF, se disculpan y se van.

Según el psicólogo, Tarek no es consciente del papel que juega para su esposa e hijos. Él es quien permite a esta familia permanecer unida. A pesar de eso, desde que empezó la Intifada, sintiéndose incapaz de mantener a sus hijos seguros, se ve asimismo como un mal padre. El peso del dilema se cierne sobre él. No puede abandonar la casa, pero vive en peligro constante. Quiere defenderla, pero no ha dejado que los jóvenes actuaran para no estar a malas con el ejército israelí. No puede trabajar, pero debe sin embargo mantener a su familia. A pesar del dilema, no puede permitirse ni un momento de debilidad.

Día 17 de abril

Beit Hanoun es una región que se encuentra al norte de la Franja de Gaza, en la frontera con Israel. Esta noche, los bombardeos han seguido a los disparos de los morteros efectuados en dirección a Sderot (Israel), una ciudad próxima a Beit Hanoun. La familia que el equipo de MSF ha estado siguiendo vive al lado de la frontera y ha tenido que huir tras la operación militar israelí; hoy vive un poco más lejos, en casa de un pariente.

El "hajj", cabeza de familia, se presenta muy emocionado y en estado de shock. Sus manos tiemblan, su voz está alterada. Describe la noche pasada, la casa que parecía que iba a volar y luego caerse de nuevo con cada explosión. No ha dormido. Esta mañana ha sabido que un joven del barrio ha quedado literalmente partido en dos por un misil. No para de repetir : "partido en dos".

Con los ojos llenos de lágrimas, explica como los israelíes le han robado su tierra, su casa y le han dejado sin dignidad. Fue uno de los primeros refugiados en llegar a Beit Hanoun y, poco a poco, los israelíes se han ido acercando hasta llegar a su casa, de la que le han expulsado.

Los nietos del "hajj" son la mayor muestra de la desesperanza y el temor de la población palestina. Hoacim dice que es mejor morir que ver todo estos. Piensa que los soldados quieren continuar avanzando, arrasando los árboles y destruyendo las casas. Moaz preferiría que los israelíes ocupasen Gaza. Piensa que entonces dejarían de destruirlo todo y de disparar sobre la gente. Ante la pregunta de cómo pasan la jornada cuando saben que la noche será violenta, la respuesta no puede ser más clara: "con miedo, con la idea de que esta noche puede ser la última".

El mismo día

La Franja de Gaza amanece partida en tres tras los bombardeos de la noche anterior. Como ocurrió hace dos meses, las fuerzas israelíes obstaculizan la circulación. El equipo de MSF sigue la carretera de la playa, que no cruza con ninguna ruta israelí, hasta llegar a la altura de la colonia Netzarim. La ruta es demasiado tranquila. Un poco más adelante, una ambulancia está parada; el paso es físicamente imposible. Los bulldózer han venido, a las tres de la madrugada, y han cavado la carretera por cuatro partes a una profundidad de más de un metro.

Bloquear la ruta de la playa supone un obstáculo para la vida de los palestinos, un castigo colectivo. La apertura o cierre de esta ruta no influye para nada en la seguridad de la colonia de Netzarim.

Diario de Hebrón

Día 15 de febrero

En el barrio situado entre Haret Al-Sheikh, habitado por palestinos, y Daboña, habitado por colonos, el equipo de MSF visita a una mujer que había ido al tejado para ocuparse del depósito de agua cuando, atemorizada por los disparos, se cayó al patio interior. La rama de un árbol amortiguó la caída y se salvó, pero tiene mucho miedo por el bebé que está esperando. Su familia piensa que le dispararon deliberadamente porque en aquel momento todo estaba tranquilo. Su esposo habla tristemente de su estado desde que pasó cinco años en la cárcel, una etapa que no ha podido superar. Lo peor fue el tiempo en la celda de aislamiento.

Sólo unas casas más adelante vive Leila, de catorce años, con su abuela. El día 31 de diciembre fue alcanzada por una bala en el estómago cuando bajaba por las escaleras. Leila cuenta con precisión todo lo que pasó y aún hoy puede oír el ruido: "no perdí el conocimiento, bajé muy rápido gritando"; "ahora, antes de dormir, me acuerdo de todo lo que pasó aquel día: la muerte del amigo de mi hermano, Gassan de 12 años, alcanzado por los impactos de un misil cuando regresaba de rezar. Por la noche lloró por él, y siempre pienso: ¿Y si estuviera muerta...? ¿Y si no podré tener hijos...?". Sí, a Leila le hubiera gustado ser "mártir", pero a lo mejor llega a ser médico. Sus profesores la ayudan a ponerse al día en sus estudios

Día 25 de febrero

MSF visita a domicilio en el barrio de Jabel Jawhar, cerca de la colonia de Kiryat Arba, a una niña de diez años que se queja de dolor en el pecho al respirar. Su madre relata los problemas de los últimos días: ruido de disparos muy próximos y niños lanzando piedras. Su hija no pudo volver de la escuela y tuvo que refugiarse en la casa de una vecina con sus primas. Su hermana pequeña de seis años, que estaba jugando en el patio respiró gas lacrimógeno. La de diez años ha hecho un dibujo: una casa, un "mártir" tendido en el suelo, el cañón de un arma apuntando al pecho y el soldado que le apunta. "Cuando hay un mártir, lloro y me duele el pecho". Su madre escucha, y después explica la muerte de su primo hace algunas semanas.

Día 1 de marzo

El psicólogo visita a Salah, un chico de quince años. Dos balas le hirieron en el brazo y el estómago cuando estaba en el tejado. Pasó seis meses en el hospital arropado constantemente por su familia, periodistas y asociaciones. Ahora se encuentra solo, con una invalidez física que le afecta a los riñones, el estómago y los intestinos y le impide llevar una vida normal. Su madre y sus hermanos no le reconocen como el de antes; le describen como exigente, agresivo y violento.

Como en Gaza, en Hebrón encontramos también casas ocupadas por los soldados israelíes. La casa que visita nuestro equipo tiembla cuando hay disparos y las grietas son visibles en las paredes. El tejado está considerado como una zona militar. El acceso está prohibido y la familia tiene sólo la autorización de subir para las tareas imprescindibles. Dos grupos de soldados se relevan día y noche por la única puerta de entrada de la casa y cuando llueve, se instalan en el pasillo y obligan a dejar las puertas de las habitaciones abiertas por la noche. La familia declara que al principio estaba atemorizada, pero después "nos las arreglamos para que uno de los dos estuviera despierto cuando el otro dormía. Los soldados dejan su porquería detrás, orinan delante de nuestras ventanas, algunos son más odiosos que otros e incluso han llegado a exhibirse delante de nuestra hija, provocándola y empujándola". Pese a todo, se resisten a marcharse; significaría perder su casa.

A pesar de que todas las visitas son cacheadas, su vecina se atreve a pasar de vez en cuando. Ella explica como los soldados han roto sus depósitos de agua y sus paneles solares en varias ocasiones. Se lamenta, abatida y sin esperanzas: "nunca había sido así", dice, "ni durante la pasada Intifada. Ahora disparan constantemente, cuando quieren, sólo por jugar. No sabemos qué va a pasar".

Día 12 de marzo

El equipo de MSF busca a una familia que se fue de su casa ocupada, cerca del control cercano a la Mezquita de Abraham. La reacción de estrés agudo presentada por su hijo de ocho años después de los disparos fue lo que les hizo tomar la decisión de irse. Se han tenido que refugiar en un rincón para protegerse. El niño ya no quiere salir y su hermano mayor, de 16 años, ha dejado la escuela y ayuda a su padre como mecánico.

La hija mayor llega de la escuela donde ha regresado por primera vez después de diez días de toque de queda. Cuenta inmediatamente a su madre que ha llegado tarde debido al registro en el control que ha durado media hora. Sí, la mayor parte de las veces la cachean. Normalmente no son los mismos soldados. Quieren ver qué lleva en el bolso y le hacen perder el tiempo. A menudo la insultan y son groseros. Ya no puede trabajar en la escuela como antes. Quería ser médico pero ahora está desanimada. "Tengo ganas de dejarlo todo, la escuela, Hebrón". Se siente oprimida y se le cae el pelo. El menor de los niños no se ha repuesto todavía del shock que le supuso el ver quemarse a siete de sus compañeros por una bomba de ruido, lanzada por los soldados en el patio de la escuela. Prácticamente no habla de ello, y con los ojos perdidos ve bombardear las colinas de Abousnina, unas marcas rojas en el cielo por la noche, a través de la ventana de esta nueva casa como si de una pantalla de televisión se tratase.

Día 13 de marzo

Una madre del barrio de Jabal Jawhar acompaña a la consulta a su hija de nueve años. La madre está sin aliento, se siente oprimida y le cuesta respirar. Hace algunas semanas una bomba lacrimógena cayó en su patio. Se precipitó entonces para ir a buscar a sus hijos, que la escuela envía a casa cuando hay enfrentamientos. Pero cayó desmayada y tuvo que ser hospitalizada y quedarse cuatro horas en reanimación.

La niña dibuja el incidente y explica su miedo cuando vio que su madre se desmayaba. Creyó que había muerto. Ella también tiene miedo de los gases lacrimógenos, de los niños que tiran piedras, de los soldados que disparan balas...

Lo que más teme es recibir un balazo, una pedrada, tener daño, morir. Por suerte, puede entrar en cualquier casa. Tiene problemas para dormir, no se atreve a levantarse por la noche para ir al lavabo, y tiene miedo en el camino a la escuela. "Pero me gusta ir a la escuela", dice. Ha hecho dibujos en la escuela y su madre ha escrito una obra de teatro sobre la Intifada que los niños han representado, pero no quiere mostrar nada hoy; su escuela ha sido cerrada y ocupada por los soldados. Ha dibujado una casa que es alcanzada por proyectiles, un "mártir" y el soldado, arma en mano, que acaba de matarle, una paloma y un sol que lloran. Escribe en árabe que Palestina ha perdido sus derechos para la eternidad.

Día 21 de marzo

A petición de un padre, el psicólogo de MSF visita a una familia que describe como muy atemorizada, débil, al borde de hundirse. La madre se está recuperando de su último alumbramiento hace tan solo un mes, y el padre muestra los numerosos destrozos en la puerta de entrada, la ventana de la cocina, los paneles solares y el muro. Cada semana desde hace unos meses la casa, situada en el trayecto de los colonos que van de su barrio (Daboña, justo en frente) a la sinagoga, sufre los ataques de lanzamientos de piedras. Es la casa familiar, pero hoy sólo viven allí su mujer e hijos. Sus padres decidieron irse, al igual que los vecinos. Este padre no se decide a irse de la casa donde nació. Pero padece del estómago, no consigue dormir y está muy cansado, exasperado. Nos enseña unos documentos certificando una queja pero los procedimientos son tan

largos que pueden pasar días y días antes que se haga algo. Trabaja algo en una zapatería y de hecho nos deja para ir allí.

Día 22 de marzo

Nuestro equipo visita el barrio de Abu Sneina, sobre una colina enfrente de la colonia de Quarriet Albar, violentamente bombardeada y ametrallada desde hace algunos días. La familia ha sido sorprendida en plena noche por las balas y los misiles que han roto los cristales, atravesado los muros, agujereado los muebles y la ropa en los armarios. La madre explica la noche infernal donde, tendidos en el suelo de la habitación aterrorizados esperaban la muerte. Un niño de 12 años fue herido en la cabeza. Perdió mucha sangre. El propio niño se extrajo el mismo el trozo de metralla de su herida. No era posible llamar a una ambulancia en ese momento. La madre pudo dispensarle los primeros auxilios, temblando y llorando, mientras sus otros dos hijos, de dos y cinco años, también lloraban.

El mismo día

En una casa situada en medio de olivares y huertos, rodeada a los dos lados por colinas, un campo militar y una base de policía israelí vive Wadia, de doce años, que no quiere ir a la escuela. Hace unos días tres soldados le pararon, le cogieron un lápiz de su cartera y apuntándole al ojo hicieron como si fueran a sacárselo. Tuvo mucho miedo y escapó, pero los soldados le llamaron para que fuera a buscar su lápiz. Desde entonces sueña que los soldados le persiguen y que no puede escapar. Su madre se lamenta porque él ya no es como antes; es agresivo y desobediente. Cuando sea mayor, quiere ser piloto de avión de guerra para combatir a todos los soldados.

Día 24 de marzo

Gassan, un niño de 10 años ha ido solo a solicitar en la calle "ir a ver a su familia que tiene problemas". Estos "problemas" son claros nada más entrar en la casa: un hermano mayor discapacitado, un padre enfermo, una madre muy deprimida que quisiera que su hijo volviese a la escuela para aprender, pero también seguramente para alejarle de los problemas de la calle. Pero Gassan no quiere ni oír hablar de ello: "tiene miedo de los soldados", dicen sus hermanos mayores.

Un fracaso desde el principio de su escolarización, Gassan se muestra orgulloso de mostrar la gran bandeja que pone sobre su cabeza llena de dulces que vende a la primera llamada del muecín. El dinero que gana se lo da a su madre. En contrapartida, fuma "como los mayores" y lanza algunas piedras a los vehículos de los soldados.

Tras esta visita, unas niñas de ocho y diez años explican que han encontrado su escuela cerrada. El psicólogo de MSF habla con ellas de lo que hacen en la escuela y de lo que harán cuando sean mayores. Una de ellas contesta: "Matarme".

Día 28 de marzo

Es imposible acceder a la ciudad vieja, así que se llama a las familias más expuestas para saber como se encuentran. Se sienten angustiadas. Durante la noche los colonos han realizado "rastreos";

tiendas y vehículos han sido incendiados, ha habido disparos, balas y proyectiles.

Día 29 de marzo

MSF visita a una familia que vive en un apartamento que se encuentra completamente cerrado, todas las ventanas están obstruidas por orden de los soldados. Una sola habitación permite ver la luz del día, gracias a las aperturas en el techo enrejadas. La madre resume el ambiente en una sola palabra, la tortura. Las hijas cuentan los problemas a los que deben enfrentarse para ir a la escuela: atravesar el barrio judío, cuando no hay toque de queda, y cuando un día un saco de arena "cayó" del tejado justo cuando pasaba y el soldado dijo: "vete a casa o vas a salir en las próximas páginas de los periódicos"; los colonos que lanzan piedras...

Desde finales de enero, el equipo de MSF realiza un seguimiento de esta familia que vive en la ciudad vieja. Los problemas son múltiples: económicos, educativos, el barrio está a menudo expuesto a disparos.

Una mujer explica a MSF como la noche anterior una de las niñas se puso a gritar y llorar al ver, desde la ventana, quemarse la casa de una amiga. Las llamas. El humo. Los gritos de la gente. "Quería salir de la casa para matar a los colonos.No es justo.Me siento sin aliento porque no puedo dejar salir mi cólera". Siete personas de la familia desaparecieron, asesinadas o encarceladas, no sabe. Desde su infancia oye decir que « hay que tener cuidado con los judíos, que hablan de paz pero que tienen el corazón negro» . Está nerviosa, golpea y discute con su familia, su único consuelo es la paciencia y la religión.